

cumplimiento á la Real Cédula en que se concedia la ereccion de la Iglesia de la Congregacion, como Virrey, el mismo que como Arzobispo la habia ántes solicitado. Dió en efecto S. Exa. el pase al Real Despacho, y con ésto se trató luego de comenzar la fábrica de una pequeña Sala para que sirviese de Iglesia mientras habia proporcion de hacer un Templo mas grande y mas capaz. Pero como quiera que lo que sobraba de adoves, que en número de cinco mil se habian recogido de limosna, faltaba de reales para la manufactura y resto de materiales y alhajas necesarias para cebrar con moderada decencia los divinos officios, fueron las aflicciones y desconsuelos mas que medianos, hasta que serenándolos la liberalidad siempre loable del Capitan D. Juan Caballero de Medina, primogénito Benefactor de la Ven. Congregacion de Maria Santísima de Guadalupe, le donó quinientos pesos para que se principiase la obra. No ignoraba ésto el Capitan D. Juan Caballero y Ocio, Hijo muy digno suyo, que en esta ocasion se hallaba ausente de esta Ciudad su Patria, desdeñado de la fortuna mientras la emulacion y el encono labraban en él una idea perfectísima de los antiguos Héroes, y así remitió á la Congregacion otros quinientos pesos para lo mismo: con ésto fué la limosna tan suficiente y la fabrica tan moderada, que abriéndose los cimientos el Jueves primero de Febrero de mil seiscientos setenta y quatro, en solas trece semanas se acabó la Sala para que sirviese de Iglesia, bendiciéndose y diciéndose en ella la primera Misa el dia de la Festividad de la Santa Cruz, que fué Jueves tres de Mayo del mismo año.

CAPÍTULO IV.

Ábrense los cimientos para una Iglesia suntuosa: perficiónase con admirables circunstancias á expensas de la liberalidad de D. Juan Caballero y Ocio, Clérigo Presbítero; y se refiere un singular prodigio que precede á su dedicacion.

Instaba el Dr. D. Antonio de Cárdenas y Salazar, yá en este tiempo meritísimo Gobernador general de este Arzobispado, en que se abriesen los cimientos de la futura Iglesia, y como las cartas se dirigian al Br. D. Lucas Guerrero, nada omiso éste en el servicio obsequioso de su Señora, habiendo precedido la promesa magnífica de Joseph de Bayas Delgado, Maestro muy insigne de Arquitectura, como lo publica la simetria ajustada de la fábrica de nuestra Congregacion, de que habiendo quien les costease la Iglesia, él serviría graciosamente á los Congregantes con el diseño y direccion de la obra, acudió á él pidiéndole encarecidamente se dignase de echar cordeles para que señalados los cimientos se principiase la obra. Pero como quiera que nadie mejor que este insigne y famoso Arquitecto sabia el costo tan grande que habia de tener la fábrica, rehusaba con prudencia la aceleracion intempestiva que pretendia el Br. D. Lucas Guerrero, porque veía no habia medios algunos para empezarse; mas convencido de la importunidad piadosa de los que le instaban que cumpliese su promesa, supuesto que para la prosecucion de la obra estaba abierta la boita

de la providencia de Dios, en quien esperaban aquellos virtuosos y venerables Sacerdotes, hizo el diseño y planta, no con la magnificencia que esperaban de su grande instruccion, sino con la moderacion que le persuadieron los pocos medios que habia para la obra; y no agradando esto al Br. D. Lucas Guerrero, fué tal la molestia de sus instancias y súplicas, que para librarse de ellas la trazó con crucero y dos torres, y en todas sus partes grande, desahogada y hermosa. Abrieronse los cimientos con lo que sobró de la limosna de los mil pesos, causando esta determinacion en la Ciudad diversos efectos: unos solicitaron ante D. Fernando de Santos y Guevara, Alcalde mayor de ella, que estorbase esta empresa; pero repeliéndoles el Escrito, por constarle habia licencia de la Reyna para ello, se puso perpetuo silencio á su peticion importuna: otros se reían de ver comenzar una obra, que en su concepto no podrian acabar, quizás teniendo presente aquella sentencia del Evangelio (56), en que sujeta al escarnio á los que dan principio á alguna obra, quando están imposibilitados de proseguirla.

En este ínterin murió el Dr. D. Antonio de Cárdenas y Salazar, coluna firmísima del estado Clerical, promovedor insigne de estos piadosos intentos, y á quien todos miraban en esta ocasion como al norte mas fixo de sus esperanzas; con cuyo funesto suceso quedaron éstas solo vinculadas en la piadosísima Virgen Maria, en cuyo obsequio sufrían con tan invicta paciencia esta multitud de trabajos y de afanes. Sobrado motivo era éste para que sin atender á los arbitrios humanos, que ordinariamente se desvanecen ca-

(56) Luc. cap. 14. v. 28.

ducos en las ocasiones de mayor necesidad (consecuencia precisa de lo terreno en que estriban) únicamente se pusiese la confianza en lo que nunca falta, que es la eterna Sabiduría, que con suavidad y blandura dispone la prosecucion de las cosas. Bastantemente nos manifiesta el suceso que así se hizo, pues advertimos quán á su cargo tomó la providencia Divina el que se facilitara en todo la imposibilidad que entónces se emprendia, llegando á la perfeccion que admiramos (sin mas medios que los que aseguraba la confianza) el suntuosísimo Templo en que se le prevenia perpetua morada y trono agosto á la Soberana Virgen Maria de Guadalupe, y en que habian de sacrificarle sus Capellanes en devoto holocausto la ternura de sus afectuosos corazones.

Llegó despues de todo esto el Sábado primero dia del mes de Junio de mil seiscientos setenta y cinco, en que recogidas algunas limosnas se determinó poner la primera piedra de los cimientos. Era entónces Prefecto el Lic. Don Diego de Castro, y con la mayor solemnidad que le fué posible, convidando á las Personas, así Eclesiásticas como Seculares, de mas suposicion en la Ciudad, se hizo esta funcion como lo dispone el Ritual Romano, observando el antiguo estilo de poner monedas y medallas de oro y plata, y en una lámina de bronce la inscripcion siguiente, que imitando en algo el modelo de la antigüedad venerable, dispuso el Dr. D. Carlos de Sigüenza y Gongora: todo lo qual en una caxuela de plomo embebida en la primera piedra del fundamento, se remitió á la posteridad, como recuerdo gratísimo de la piedad de aquellos tiempos.



D. O. M.

Ex auctoritate Mariannæ

Hispaniarum Reginae,

Caroli II. Filii chariss. ad Imperium regendum,

Annis obstantibus,

Nondum acciti vigilantissimæ Curatricis,

Fundamenta hæc Basilicæ

In honorem Beatiss. Virgin. Mariæ de Guadalupe

Collectitia construendæ

Presbyteri Sæculares Queretani,

Perpetuitatem precantes,

Operosa devotione posuerunt,

Kalend. Jun. Ann. Jubilæi

M. DCLXXV.

Archiepiscop. Mexicanum, & Pro-Regale munus gerente

Fr. Pajo de Rivera Enriquez,

Ordin. Eremit. Div. August.

Pio, Religios. Sapienis. Patre Patriæ amantissimo.

*Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum**laboraverunt, qui ædificant eam.*

Psalm. 126. vers. 1.

Desde este punto corrió la obra con tanto espacio y tenuidad, que su adelantamiento pareció algo mas que nada, con bastante dolor de los que intervenian en ella, y con demasiada risa de los que la censuraban. Pero como corria la fábrica por cuenta de la providencia Divina, dispuso ésta que á doce de Diciembre de mil seiscientos setenta y cinco entrase por Prefecto de la Venerable Congregacion Don Nicolas Caballero y Ocio, Presbítero Hijo del Capitan Don

Juan Caballero de Medina, que yá en esta ocasion era difunto, el qual estimulado con la memoria de la paterna piedad, abricado las manos de su munificencia cerró los cimientos y levantó todo el muro de la Iglesia, en tal altura, que se pudieron asentar sus primeras basas. Gastóse en ésto todo el año de su Prefectura, y terminada ésta cesó tambien la obra.

Yá en esta ocasion estaba de asiento en esta Ciudad su Alguacil mayor D. Juan Caballero y Ocio, á quien tenia Dios reservada la gloria de ser el Salomon pacífico que erigiese á su Purísima Madre el augusto Trono donde se habian de aplaudir y glorificar sus excelencias: y moviéndole el dictamen con suaves insinuaciones, obtuvo el que teniendo por consejeros á su fervor y devocion determinase echar sobre sus hombros tan grande y costosa carga. Propuso su intento á la Venerable Congregacion, la que retornó tan magnífica liberalidad con agradecimientos y sumisiones: y sin que interviniese demora alguna, convocando de todas partes oficiales diestrísimos, fabricando hornos para que la cal no faltase, ocupando á sus criados domésticos en las tareas, y aprontando con manos pródigas inmensidades de pesos, comenzó la obra (ántes prolixa y tardía en sus movimientos) á volar con los mas rápidos y maravillosos progresos.

No quiso, á la verdad, la benignísima Reyna de los Cielos diferir todo el premio de esta piedad para la eternidad del Empireo, porque luego de contado admitió por su Capellan á este nobilísimo Caballero. ¿Quién no admira la eficacia de las insinuaciones divinas, aún quando las sazona la suavidad de los medios? Hallábase entónces en la robustéz de la juventud mas florida, sin pasar de los treinta y un años, ma-

dejando un gruesísimo caudal, pues daba ración cada semana á mas de quinientos sirvientes que se ocupaban en sus labranzas y Haciendas, generalmente aplaudido y festejado de todos por la agradable cortesanía de sus magníficas acciones, temido de muchos por la entereza de su pundonor, triunfante yá de la fortuna adversa á beneficios de su heroyca tolerancia, y asistido de la esperanza que le brindaba á su estado segurísimas conveniencias; y preponderando á todo ésto en la balanza de la razon el mayor servicio de la Santísima Virgen de Guadalupe, quiso no solo sacrificarle su hacienda, que distribuía sin límite, sino ofrecerle su libertad y su estado en holocausto agradable. Determinóse á seguir el Clericato, y lo mismo fué resolverse á ello, que conseguirlo; pues habiéndole dispensado, por sus grandes méritos, los intersticios, en solo el tiempo de la Quaresma del año de mil seiscientos setenta y siete, le confirió los sagrados Órdenes en la Ciudad de la Puebla su Illmò. Obispo el Sr. Dr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz y Sahagun, con lo que quedó yá con el título de Presbítero el que ántes lo tenia de Capitan de Infantería Española y Alguacil mayor de la Ciudad de Querétaro.

El nuevo estado sirvió de penetrante estímulo para que no por falta de reales se interrumpiese la continuacion de la obra; y para grangear el tiempo que podria perderse interin se fabricaba el Altar mayor, ordenó que el mismo Maestro Joseph de Rayas, no solo eminente en la Arquitectura, sino tambien muy instruido en el Ensamblage, fuese construyéndolo, y que en la Ciudad de México se fuesen disponiendo otros quatro Colaterales, de que hablaremos despues. Con todo ésto en solos veinte meses de trabajo, que se cum-

plieron por fines de Abril de mil seiscientos ochenta, quedó en aptitud para dedicarse el nuevo Templo. Consiguió D. Juan Caballero personalmente en la Corte de México licencia para ello del Exmò. é Illmò. Sr. Arzobispo Virrey, la que concedió, entre otras, con las palabras siguientes: » Atendiendo al servicio y gloria » de Dios nuestro Señor y de su Madre Santísima, y » al consuelo de los fieles Christianos; y para que mas » se fervoricen en la devocion de nuestra Señora de » Guadalupe, y que se dedique dicha Iglesia, que así » se le ha fabricado en la Ciudad de Santiago de Que- » rétaro de este Arzobispado, por el dicho D. Juan » Caballero y Ocio Presbítero, despachamos la pre- » sente, por la qual y su tenor damos y concedemos » licencia para dicha dedicacion, y comision en bas- » tante forma, la que de derecho se requiere y es ne- » cesaria, al dicho Lic. Don Juan Caballero y Ocio » Presbítero, para que bendiga la dicha Iglesia de nues- » tra Señora de Guadalupe, conforme al Ceremonial » Romano: y asimesmo concedemos licencia para que » en dicha Iglesia se pueda colocar y coloque el San- » tísimo Sacramento en su Sagrario, trayéndole en pro- » cesion con dicha Imágen, y con toda decencia, co- » mo se acostumbra, de la Iglesia Parroquial de San » Francisco de dicha Ciudad, poniendo por testimo- » nio el dia de su bendicion y dedicacion, para que » en todo tiempo conste. Y damos á dicho Lic. D. » Juan Caballero y Ocio las gracias de la fábrica de » dicho Templo, y del zelo y cuidado con que ha » executado obra tan del servicio de Dios nuestro Se- » ñor y de su Santísima Madre. «

Destinóse para la dedicacion el dia doce de Mayo, y corriendo la fama por las dilatadas Provin-

cias de esta Nueva España, estimuló los ánimos de todos para gozar de la fiesta nada vulgar, de los magníficos aparatos y de los agradables regocijos que para aquel día estaban dispuestos y preparados. Inundóse con ésto la Ciudad con numerosas avenidas de forasteros de toda clase de Personas: y quando se imaginó que era la curiosidad la que los traía, se advirtió que Dios era quien los convocaba para hacerlos testigos de la complacencia con que admitia el obsequio que se le hacia á su Madre.

¡Oxalá y nuestra omision en perpetuar las noticias de cosas grandes, remitiéndolas en los escritos á las futuras edades, hubiera privilegiado siquiera á lo sagrado, para que hoy no ignorasemos el origen de la Cruz Santísima que corona el cerrillo, que por la parte oriental abriga la poblacion de Querétaro! El portentoso sobrenatural de estremecerse y temblar, especialmente los Viérnes: el prodigio admirabilísimo de crecer, siendo de piedra (cuyo color tira á rosado, cuya gravedad no es mucha, aunque es maciza, y cuyo olor es suave), y los muchos milagros de resucitar muertos, sanar heridos, curar enfermedades, y otros muy semejantes en lo admirable, comenzaron á convocar á los Fieles, que reconocidos á tantos beneficios, y esmerándose en su culto con fiestas anuas, fabricaron una decente Ermita para que sirviese de custodia á tan admirable tesoro; la que por los años de mil seiscientos quarenta estaba distante de las últimas casas poco más de seiscientos pasos, aunque en el de mil seiscientos ochenta llegaban ya éstas hasta donde estaba la Ermita.

Débase á la diligencia y piadosísimo zelo de R. P. Fr. Joseph Santos, el que mediante ciento

veinte mil pesos de limosnas, que caminando á pie por estas fragosas y dilatadas Provincias, recogió en tiempo de doce años para la Santísima Cruz, pasara la pequeña Ermita á ser un muy agraciado Convento y suntuosa Iglesia, en cuyo Altar principal se venera esta preciosa Reliquia, en una caja de plata con vidrieras, de la que cuidan los Religiosos del S. P. S. Francisco (57). Aunque el milagro de crecer siempre se habia advertido continuo, el de temblar habia pausado por muchos años, hasta que el Lunes seis de Mayo de mil seiscientos ochenta, en presencia del mismo P. Fr. Joseph Santos, Guardian que era entónces de aquel Convento, como á las tres de la tarde comenzó á estremecerse con tan manifiestos movimientos, que horrorizado el buen Religioso, y pregonando el milagro, convocó algunas personas, en cuya presencia se repitieron tambien los mismos movimientos. Se mandó echar á vista de ésto un general repique de campanas, con el que ocurrieron al instante numerosísimos concursos de personas, no solo del Pueblo, sino tambien del estado Eclesiástico y de la nobleza, que testificaron uniformes haber visto conmovirse y temblar la Santísima Cruz repetidas veces aquella tarde.

Que hiciera Dios estas demostraciones en obsequio amoroso de su Soberana Madre, es consecuencia que debe deducir la piedad de las premisas evidentes del divino proceder; porque si á la presencia transitoria de la Arca del Testamento, quando peregrinaba por la soledad del Desierto, no solo se conmovió la tierra, sino que tambien temblaron los montes y los

(57) De esta Santa Cruz y de este Convento hablamos ya con mas extension en el cap. 1.

ollados para manifestar su regocijo (58): entonces, que no de paso, sino que de asiento venía a morar en la floridísima Ciudad de Querétaro la verdadera Arca de la Alianza, que es la Sagrada Virgen Maria; ¿no habia de disponer la providencia Divina el que en la prenda de su mayor estimacion, que es la Santa Cruz, se reconociese la complacencia que recibia por las nuevas accidentales glorias de su Divina y Soberana Madre? No fué temblor, aunque así lo subscriban, el de la Santa Cruz, sino conmovion alegre con que aún lo insensible pretendia festejar á la Inmaculada Reyna del Universo.

En la digna ponderacion de este portento, y en las prevenciones necesarias para el cabal lucimiento de la Dedicacion, que ya instaba, se pasaron los dias, y se llegó el Sábado once de Mayo, en cuya mañana, por la particular comision del Illmò. y Exmò. Señor Arzobispo, hizo la Bendicion de la nueva Iglesia el Br. D. Juan Caballero y Ocio, conforme el estilo y rubricas del Ritual Romano, con asistencia de toda la Venerable Congregacion y de indecible concurso, dirigiendo este religioso acto el Br. Don Agustin de Carrion, Capellan de Coro y Maestro de Ceremonias de la Santa Iglesia Metropolitana de México. Terminada yá la Bendicion se admitió el Pueblo á lo interior de la Iglesia, que estaba exhalando los mas fragrantes y deliciosos olores, porque la tarde ántes, despues de haberla aseado y barrido con sus propias sagradas manos todos los Congregantes Sacerdotes (edificando al Pueblo con esta admirable accion), se

(58) Lib. I. Reg. cap. 4.

regó con agua de azahar, que en doce botijas tenían yá prevenida.

No permitió la devocion de D. Juan Caballero y Ocio que otro que él fuese el primero que introduxese el Santísimo Señor Sacramentado en el nuevo y magestuoso Templo que acababa de consagrar á su gloria y de dedicar á su Soberana Madre; y como ésto solo podia conseguirlo con la potestad de su Sacerdocio, cerca de las once, que sería la hora en que se terminó esta funcion, rezó la Misa votiva de nuestra Señora, acompañado de Diácono y Subdiácono, y con una completa orquesta de música, que en compañía del órgano se estuvo tocando en toda ella. Finalmente á las doce sonó la plegaria del medio dia, y desde entonces se continuó un general repique de campanas y un estruendo ruidoso de clarines, atabales y chirimias; sirviendo todo ésto de alegre y gustoso preámbulo á la funcion de aquella tarde, que se dispuso magestuosamente grave y lucidísima.

CAPÍTULO V.

Colócase el Santísimo Sacramento en la nueva Iglesia, y se refiere la magestad de este lucidísimo acto.

Serían como las quatro de la tarde quando saliendo de la casa del Br. D. Juan Caballero y Ocio, benemérito Prefecto de la Ilustre y Venerable Congregacion de Maria Santísima de Guadalupe, cincuenta y dos Presbíteros Seculares, que eran los que entonces

la componian, con Sobrepellices y Bonetes, pasaron al Convento Parroquial de N. P. S. Francisco, de donde habia de salir la Procesion con el Divinísimo Señor Sacramentado, para que se colocase en el nuevo Templo. Llevaban todos tan embarazados los ánimos con los alborozos del júbilo, que sin advertir faltaba quien los conduxese al lugar que pudieran tener, como otra qualquiera Comunidad, esperaron en el compás del Claustro á que dexando su Celda el M. R. P. Fr. Nicolas de Leon, Lector Jubilado, y entónces Ministro Provincial de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacán, á quien pertenece este Convento, y las suyas los restantes Religiosos, baxasen todos á la Iglesia, en donde sacando del Sagrario al Santísimo Sacramento, que se depositaba en una hermosa Custodia de plata sobredorada, y matizada de un gran número de piedras preciosas, que por donacion de D. Juan Caballero pertenecia á la Venerable Congregacion, dió principio la lucida Procesion, á que precedian una corpulenta Tarasca, acompañada de Gigantes disformes, que para este dia se vistieron de nuevo, y muchas vistosas danzas que formó la devocion, así de los Naturales circunvecinos, como de los Mancebos hijos del lugar. Siguiéronse por sus antigüedades las devotas Cofradias que entónces habia en esta Ciudad, cada una con el Estandarte apropiado á su advocacion, causando todas grande edificacion con su arreglo y compostura. No hubo ciertamente Mayordomos, Diputados, Ministros y Cofrades, que no asistiesen muy aseados y vestidos con decencia, llevando cada uno en las manos un grueso cirio de cera, los que llegaron al crecido número de trescientos y ochenta. Las Cofradias que salieron eran las siguientes.

La de los Negros de San Benito de Palermo: las de San Nicolas de Tolentino, de la Sangre de Christo, de San Isidro Labrador y San Antonio de Padua; unas y otras de Indios Otomies y Tarascos, fundadas en la Parroquial de San Francisco: la del Tránsito de nuestra Señora, fundada por los Mulatos en el Convento Real de Santa Clara. Seguianse, ó por mas antiguas ó por mas calificadas, otra de San Nicolas de Tolentino, fundada en la Parroquia: la de la Santísima Trinidad en el Religioso Convento de San Antonio de los Descalzos: la de Jesus Nazareno y de la Humildad y Paciencia de Christo, en el Observantísimo Convento de la Santa Cruz de los Milagros: la de la Santa Veracruz: la del Santo Entierro de Christo: la del Santísimo Rosario de nuestra Señora la Virgen Maria: la del Santísimo Sacramento: todas de Españoles, y muy devotas y numerosas. Ocupaba el último lugar la Venerable Orden Tercera de N. P. S. Francisco, con circunspecta compostura y silencio: de ésta se seguía la Cruz de la Parroquia, é inmediatamente el Clero de que se componia la Congregacion de nuestra Señora de Guadalupe, cuya Imagen soberana, de bulto y de particular escultura, iba en hombros de sus Capellanes y en unas primorosas andas, vestidas todas con rica tela, con fluecos y guarniciones de oro, admirablemente adornadas con hermosa variedad de flores de mano: llevaba en sus soberanas manos las llaves de su nuevo Templo para franquearle á su Divino Hijo el lugar permanente de su asistencia.

Esta fué, á la verdad, la vez primera que se vió en esta Ciudad preferian á la familia del Vice-Dios y gloriosísimo Padre nuestro Señor San Pedro, no solo las de los Patriarcas, sino la de los Herma-

nos Hospitalarios de San Hipólito, pues luego seguian éstos y las Religiosísimas Comunidades del Seráfico Padre San Francisco de los tres Conventos, de la Regular Observancia, Releccion y Descalzos, como tambien las de los Carmelitas Descalzos, Padres Jesuitas y varios Religiosos de San Agustín, Santo Domingo y nuestra Señora de la Merced, que acertaron á concurrir este dia, todos mutuamente interpolados y en coro aparte de los humildes Clérigos. Coronaba este concurso, por tantos títulos magestuoso y venerable, el Augustísimo Señor Sacramentado, que llevaba en las manos el M. R. P. Provincial Fr. Nicolas de Leon, baxo de un rico Palio de lama blanca, que en gruesas varas de plata conducian doce Caballeros de la primera nobleza de esta Ciudad; terminándose esta devota y lucida Procesion con el Ilustre y Noble Ayuntamiento, presididos del Alcalde Mayor de este Partido el General Don Antonio Ramirez de Arellano, que iba éntre D. Diego de Zúñiga y Almarás y D. Christobal Sanchez de Guevara, Alcaldes Ordinarios, á quienes seguian atropadas innumerables avenidas de Gentes de todas clases.

Con esta disposicion llegó el Santísimo Sacramento al primer Altar, que se habia erigido inmediato al Cementerio, en la entrada de la calle del Hospital Real, donde estaba de Preste revestido con Capa Pluvial el Lic. D. Juan Caballero y Ocio (no sé si como actual Prefecto que era entónces de la Venerable Congregacion, ó como la única persona á quien era debida la fiesta de aquel dia), acompañándole de Diácono y Subdiácono los Licenciados D. Juan de Miranda, ex-Vicario *In Capite* y Juez Eclesiástico, Comisario de los Tribunales del Santo Oficio de la Inquisicion y de

la Cruzada, y D. Felix Caballero de Medina, Consiliarios que eran de la misma Congregacion. Hecha allí una religiosísima pausa, le entregó en sus manos el M. R. P. Provincial la riquísima Custodia con el Señor Sacramentado, con lo que prosiguió al instante la Procesion.

El querer referir en la corta brevedad de esta noticia la compostura y general alifio de las calles, sería á la verdad cosa muy ardua. No hubo ciertamente pared alguna que no estuviese adornada de hermosas pinturas y geroglíficos, acompañados de excelentes rasgos de poesia con que desahogaron su afecto y su devocion los agudos ingenios de esta Ciudad. Todas las puertas, las ventanas y azoteas estaban vestidas y colgadas con ricas cortinas, banderas y gallardetes. Las calles parecian una hermosa Primavera, pues todas se veían cubiertas de ramas verdes y de una multitud asombrosa de todo género de flores y de rosas. En todo el distrito de la estacion se erigieron cinco magníficos Altares, primorosamente adornados; y con mediana pausa y religiosísima gravedad fué la Procesion por la calle del Hospital hasta el Convento Real de Santa Clara, cuya Iglesia estaba muy compuesta y adornada, en donde, despues de haber entonado algunos suaves cánticos con una orquesta de música, se recitó un elegante Romance heroyco en alabanza de Maria Santísima nuestra Señora y de su Divino Hijo Sacramentado, que compuso el sublime ingenio del Br. D. Pedro Segundo de Luna, Notario del Juzgado Eclesiástico de esta Ciudad, digno discipulo del sabio Doctor D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Con bastante dolor de aquellas virtuosas Religiosas salió de su Templo y prosiguió hasta llegar á las Casas Reales.

Aquí es menester hacer una pequeña pausa para admirar la presteza y primor con que en el corto término de aquella mañana y la noche antecedente se fabricó en la Plaza mayor una Montaña, tan natural en su robusta estructura, que solo la ciencia cierta de que allí no estaba, pudo persuadir á los que la veían que era fingida. Admirábanse en ella todo género de árboles, encinos, cedros, sauces, sabinos, espinos, cardones, y otros, que parecia que habian nacido allí. Se advertían los peñascos tan bien fingidos, que causaban horror las profundas grutas que con ellos se formaban. Ocupaban todo este Monte una gran multitud de fieras y aves, y regocijaban al mismo tiempo varias fuentes de agua, que estaban corriendo con exquisitas invenciones. Representaba esta Montaña al dichoso cerro de Tepeyacac, en donde se apareció nuestra singular Patrona de Guadalupe. Aquí con figuras que representaban muy al vivo á esta Divina Señora, y al venturoso Juan Diego, se repitió con toda devoción lo que intervino á su prodigiosa Aparición. En el interior estuvo depositado el Augustísimo Sacramento en un suntuoso y bien adornado Altar, que se erigió hácia la parte oriental de la Montaña.

Finalmente llegó la Procesion á la nueva Iglesia, y habiéndose recitado un Poema Eucarístico en otro Altar que se puso contra la puerta principal del Templo, que mira al Occidente, se abrieron las puertas con las llaves de plata que llevó Maria Santísima en sus divinas manos, y entró el Santísimo Señor Sacramentado con alegres repiques de todas las campanas, con armoniosos conciertos de música, con multitud de tambores y clarines, y con diversidad de fuegos artificiales. Colocóse por último la Custodia en el

Sagrario del Altar mayor con devotas oraciones y deprecaciones, en que se le pidió á Dios nuestro Señor la perpetuidad de aquel sagrado Templo que se consagraba á honor y gloria de su Purísima Madre la Soberana Virgen Maria. Si hasta aquí hemos admirado solo la dedicacion de este famoso Templo, será bien que en el capítulo siguiente veamos una sucinta descripcion de su hermosa fábrica y admirable simetría.

CAPÍTULO VI.

Descríbese la fábrica del Templo, con los adornos y alhajas que su Patron le donó; y otras muchas acciones que califican su liberalidad y munificencia.

La longitud del pavimento y planta de este magestuoso Templo, que corre de Oriente á Poniente, sin entrar los macizos de las paredes, es puntualmente de ciento y sesenta pies castellanos (59), que se distribuyen en esta forma: ciento en la lonja y cuerpo de la Iglesia, desde el claro de la puerta principal, que es la que mira al Ocaso, hasta el primer arco total de la Capilla mayor: treinta y quatro que tiene ésta de diámetro hasta la grada que divide el Presbiterio, que se extiende por los veinte y seis restantes, terminándose toda la longitud en el muro oriental, que se adorna con el Altar mayor. El ancho,

(59) El pie castellano es lo mismo que una tercia, segun el Diccionario de la Lengua Castellana.